

LOS CRÍMENES DEL SUR

FLORENCIA
ETCHEVES

LA HIJA DEL CAMPEÓN



bookat

Florencia Etcheves

La hija del campeón

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Florencia Etcheves, 2014
© Grupo Editorial Planeta, S. A. I. C., Buenos Aires, Argentina, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Magdalena Russocka / Trevillion Images
Primera edición en Colección Booket: junio de 2019

Depósito legal: B. 9.256-2019
ISBN: 978-84-08-21042-9
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Para Juárez y Manuela, los de la vida real

PRIMERA PARTE

En la persona asesinada, toda pelea del pensamiento, todo flujo y reflujo de la pasión y de intención, están sometidos por un pánico irresistible; el miedo al instante de la muerte lo aplasta con su mazo petrificado. Pero en el asesino, un asesino que un poeta admitiría, debe estar latente una gran tormenta de pasión —celos, ambición, venganza, odio— que creará un infierno en él; y dentro de este infierno nosotros miraremos.

THOMAS DE QUINCEY, *El asesinato considerado como una de las bellas artes*

1

El momento en el que se miró al espejo fue determinante y la conclusión que sacó lo hizo reír a carcajadas. No se parecía en nada a su amigo, el galán francés que tenía a las mujeres del mundo a sus pies. No tenía sus ojos celestes ni su pelo rubio. Y aún menos su estilo, su glamour. Su mirada era negrísima, algunos la describían como feroz. La piel oscura estaba surcada por cicatrices y huellas de golpes que permanecían, semejantes a tatuajes, más allá del tiempo. El pelo, ralo, resaltaba la forma imperfecta de su cráneo.

Se tocó la nariz e intentó acomodarla como tantas otras veces, sin éxito. Chata, deformada, sin cartílago. Eso era lo que más odiaba: su nariz. Apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos. Estaba mareado y tenía náuseas. Había bebido demasiado. La culpa la tenía el champán, y tener la plata para comprarlo no ayudaba. Más de una vez, nublado por el alcohol, pensó que el champán lo enriquecía por dentro, como si el líquido dorado le cubriera de oro las entrañas. Volvió a reír. La imagen de su garganta, estómago e intestinos bañados en oro le causó gracia.

Cuando volvió a mirarse en el espejo, la sonrisa se le congeló. Con las manos rugosas empezó a acariciarse el cuerpo. La seda de su pijama siempre lo había atraído. Era de color burdeos y le recordaba algunos buenos momentos. Casi con desesperación, acercó el brazo a su nariz chata. Olfateó como un sabueso buscando una pista, intentó encontrar algún rastro del olor del perfume de ella, la mujer que más había amado en su vida. No halló nada, hasta su olor se había esfumado. Pero le quedaba el pijama de seda que la rubia le había regalado.

—¿Estás preparada para vivir sin mí? —le había preguntado la noche del adiós.

—Por supuesto —contestó ella—, nací preparada. «Hija de puta», murmuró mientras insistía en oler su pijama. Por un segundo pensó en ponerse el traje turquesa brillante que le habían mandado de esa casa famosa de ropa de fiesta, y aparecer por sorpresa en la entrega de premios que estaba teniendo lugar en el hotel frente al mar. Había leído en una revista que a la rubia la iban a galardonar, su obra de teatro era el éxito de la temporada. Le costó mucho leer ese artículo, le costaba mucho leer, nunca había aprendido bien. Pero las noticias sobre ella valían el esfuerzo. Le dolía enterarse de que, tal como le había dicho, podía vivir sin él. Según decían las revistas, esa noche se pondría el vestido de lunares. Mil veces se habían peleado por ese vestido de puta. Mil veces le dijo que la mujer del campeón no podía vestirse como una puta. Ella no entendía y lo desafiaba. Enfundada en el vestido de lunares, la rubia iba a ser portada de los semanarios de espectáculos, pero por suerte el campeón no los iba a ver. O por desgracia.

Cuando salió del baño todavía tenía el estómago revuelto. Fue hasta la cocina de la casa que le habían prestado para pasar unos días frente al mar. Tal como había exigido, dentro de la heladera solo había botellas de cerveza. Destapó una con los dientes y bebió un buen trago a morro. El gas lo hizo eructar de golpe, el líquido chorreó por su barbilla y manchó el pijama de seda rojo. No le importó. Caminó descalzo con la botella en la mano. El living del chalet era bastante grande. Los sillones, la mesa y las estanterías eran de madera de algarrobo. «Los muebles de madera son muy ordinarios, querido. Lo último en decoración es el laqueado. ¡Sos bruto, eh!», le había dicho la diva una vez. Revoleó la botella contra una repisa, no lo enojaban los muebles de algarrobo, lo que lo ponía de pésimo humor era la voz estridente de la rubia que siempre se colaba en su memoria. «Putá», murmuró.

De manera automática empezó a saltar. Un paso adelante, otro atrás. Levantó los puños y los puso donde iban: frente a su cara. Atrás, adelante, izquierda, derecha. Golpe con la derecha, atrás. Con la izquierda, adelante. Respirar, nunca dejar de respirar. Su cuerpo y su mente eran una máquina aceitada. Cada vez que se enojaba, una alarma silenciosa se encendía. Un sacudón de adrenalina lo ponía en alerta. Había que defenderse. Y los puños eran lo único que el campeón tenía. Tanto para amenazas reales o, como en este caso, imaginarias. El sudor caía por su frente y la seda del pijama se adhería a su espalda. Le empezó a faltar el aire, esa noche había fumado demasiado.

Dejó de saltar y volvió a la cocina. Otra vez la heladera, una botella de cerveza, los dientes para abrirla y un trago largo para coronar la pelea contra sus fantas-

mas. Un ruido lo alertó. A pesar del alcohol y de la resaca de un sueño que desde días atrás no llegaba, sus sentidos sí funcionaban bien. Achinó aún más sus ojos, agudizó el oído. Otra vez el ruido. Sacudió la cabeza. Pasos. En el living alguien caminaba o arrastraba los pies. Tomó otro trago de cerveza y sin dejar la botella se acercó a la puerta de la cocina. En medio del salón, una mujer miraba por el ventanal que daba al balcón. Solo llevaba unas bragas azules de encaje. Su pelo caoba, todo revuelto, completaba un cuadro sensual. Pero el campeón no estaba acostumbrado a sutilezas. Para él era solo una hembra que buscaba ser tomada, por eso no percibió la tristeza que emanaba de ese cuerpo espectacular. Tampoco se dio cuenta de los moretones que resaltaban sobre la piel blanquísima de sus brazos. Menos aún vio las lágrimas que caían por las mejillas de esa mujer que nunca había sido lo suficientemente amada o imaginada. El campeón solo veía a una hembra en celo.

En dos zancadas llegó a su lado. Ella se dio la vuelta de golpe. El maquillaje corrido y los ojos hinchados de llorar deformaban un rostro bello y relativamente joven.

—¿Qué te pasa? ¿Ya estás llorando otra vez?

—¿Y a vos qué te parece, pelotudo?

La agarró del brazo con rudeza, sus dedos apretaron el lugar en el que estaban los moretones viejos. Ella intentó, sin éxito, zafarse de las garras. Entonces lo desafió con su arma más letal: la palabra.

—¿Me vas a pegar de nuevo, hijo de puta? Dale, cagón.

El campeón se sorprendió. ¿Le había pegado? ¿Cuándo? No lograba recordar.

—¡Mentirosa de mierda! —gritó—. Yo no te pegué. Ella lanzó una carcajada desganada.

—Ni te acordás, ¿ves? Sos un borracho —dijo con tristeza, y aprovechó la confusión del hombre para liberar su brazo de un tirón mientras le gritaba—: ¡Me llamaste para que te acompañara al cumpleaños de León Garibaldi! ¡Me vine manejando por esa ruta de mierda solo para estar con vos! ¿Te acordás ahora o no?

Sí se acordaba. El cumpleaños de León iba a ser el evento de la temporada. Periodistas, famosos; todos querían estar cerca del locutor más célebre del país. Y él, el campeón, no podía llegar solo, por eso la había llamado. Se había imaginado entrando al salón de la mano de su exmujer, la modelo Elena Baldini, y había tenido una erección. No por ella. La envidia ajena lo excitaba más que una sesión de sexo. Los gritos de Elena lo volvieron a conectar con esa pelea que no terminaba de entender.

—¡Harta me tenés! ¡No me dejás hacer mi vida en paz! Siempre que me llamás, estoy, y lo único que recibo son humillaciones y golpes.

—Dejate de joder, Elena —dijo el campeón tratando de calmarla—. Vamos a la cama...

Ella lo interrumpió a los gritos:

—¡Me voy a la Capital! No me llames nunca más, hijo de puta —alcanzó a decir entre dientes mientras lo apartaba de un empujón para entrar enseguida en el cuarto. Pero él, por supuesto, la siguió.

Las sábanas de raso negro estaban hechas un gurrullo en un rincón de la habitación. Encima del colchón de matrimonio, el bolso negro de Elena se iba llenando de ropa. Mientras lloraba guardaba dos vestidos, ropa interior, un traje de baño y unas camisetas. Estaba tan

concentrada que solo se dio cuenta de que el campeón se había acercado cuando sintió sus manos ásperas en la parte de atrás del cuello. Se quedó petrificada. Él le dio vuelta de un tirón y quedaron frente a frente, a centímetros de distancia. El campeón olía a cerveza rancia y a sudor, pero a Elena no le importaba. Siempre había sido esclava de la virilidad del hombre que más la lastimaba.

—Besame, puta —ordenó él con voz ronca.

Ella obedeció sumisa. Se besaron con rabia, con desesperación, con deseo. A él solo lo calentaba ganar y sabía que había ganado —otra vez— a Elena. Pero fue un triunfo por poco tiempo, apenas duró unos minutos.

—Basta, me voy —dijo ella con los ojos aún cerrados, mientras lo alejaba de su cuerpo.

El campeón la empujó con violencia. Elena quedó tirada en la cama, sobre el bolso a medio llenar. Él agarró la botella de cerveza que había dejado en el piso al lado de la cama y bebió un trago. Estaba tibia y sin gas. Estrelló la botella con lo que quedaba del líquido contra el piso de mármol. Por un segundo ambos quedaron paralizados por el ruido de los cristales. Fue solo un segundo. El campeón dio un paso hacia adelante y escupió el líquido sobre el cuerpo desnudo de Elena.

—¡Hijo de puta! —gritó la mujer, y cruzó gateando la cama hasta bajarse por el lado contrario.

El campeón rodeó el colchón lentamente, disfrutando de cada paso. Su mirada era la de un lobo a punto de cazar a su presa. Elena sabía lo que le esperaba. Conocía los movimientos de su hombre. Le iba a pegar de nuevo. Miró la ventana que daba al balcón, la abrió de golpe y salió. El aire marino de la madrugada le hizo bien. Respiró hondo, desafiante.

—Si me ponés una mano encima me tiro, ¿oíste?
—dijo casi suplicante.

El campeón le clavó la mirada y caminó hacia ella. Sin mediar palabra, le volvió la cara de una bofetada. El labio de Elena comenzó a sangrar. Como siempre, sintió alivio al notar que el campeón no había cerrado el puño para pegarle. «Soy un caballero», le había dicho él una vez cuando, impulsada por el miedo a perderlo, Elena había cometido la locura de agradecerle que le pegara con la mano abierta. Sabía que su puño era letal. Aunque esa vez no se lo agradeció, lo seguía pensando. El gusto metálico de su propia sangre le dio el valor para enfrentarse a él.

—¡Negro de mierda! ¡Siempre vas a ser un negro de mierda! ¡No hay guita ni puta de lujo que te limpie!
—le gritó y largó una carcajada macabra—. ¡Pegame, matame a golpes si querés! Nada va a cambiar lo que pienso de vos.

La cara del campeón estaba desencajada. Cuando avanzó un paso hacia Elena, ella retrocedió hasta que la parte de atrás de la cintura quedó apoyada contra la reja del balcón. Por un segundo sintió compasión por ella: no era más que una mujer desnuda en un balcón frente al campeón del mundo. Se acercó, puso sus manos de acero alrededor de ese cuello blanco y frágil y apretó. En definitiva, el mundo no es un lugar compasivo.